

La infancia de Sofía

El príncipe Cristiano Augusto de Anhalt-Zerbst apenas se distinguía en el enjambre de nobles desconocidos y míseros que abarrotaban el paisaje y la sociedad de la Alemania políticamente fragmentada del siglo XVIII. No se destacaba por ninguna virtud excepcional ni por vicios alarmantes y hacía gala de las sólidas virtudes de su linaje Junker: un marcado sentido del orden, de la disciplina, de la integridad, de la economía y de la piedad, junto con una inquebrantable falta de interés por el cotilleo, las intrigas, la literatura y el ancho mundo en general. Nacido en 1690, el príncipe Cristiano hizo carrera como soldado profesional en el ejército del rey Federico Guillermo de Prusia. En su servicio militar durante las campañas contra Suecia, Francia y Austria se mostró meticulosamente concienzudo, pero en el campo de batalla no cosechó ninguna hazaña extraordinaria, y nada sucedió que acelerase o retrasase su carrera. Con la llegada de la paz, el rey, de quien se sabe que en una ocasión se había referido a su fiel oficial como «el idiota ese, Zerbst»,¹ le confió el mando de un regimiento de infantería acuartelado en el puerto de Stettin, adquirido recientemente a Suecia, en la costa báltica de Pomerania. Allí, en 1727, el príncipe Cristiano, aún soltero a los treinta y siete años, se plegó a los deseos de su familia y se enfrascó en la empresa de ofrecerles un heredero. Ataviado con su mejor uniforme azul y su brillante espada ceremonial, se casó con la joven princesa de quince años, Juana Isabel de Holstein-Gottorp, a quien apenas conocía. Su familia, que había dispuesto el matrimonio con ella, estaba loca de alegría; no solo parecía haberse asegurado el linaje de Anhalt-Zerbst, sino que además la familia de Juana ostentaba un rango social superior al de ellos.

Fue una unión desafortunada. Estaban los problemas de la diferencia de edad: el emparejamiento de una adolescente con un hombre de mediana edad suele derivarse de una confusión en cuanto a los motivos y las expectativas. Cuando Juana, de buena familia pero con poco dinero, alcanzó la adolescencia y sus padres, sin preguntarle nada, le arreglaron un matrimonio de conveniencia con un hombre respetable que casi le doblaba la edad, Juana solo pudo consentir. Aquella boda prometía aún menos porque los temperamentos y caracteres de ambos eran prácticamente contrarios. Cristiano Augusto era sencillo, honrado, pesado, ahorrador y dado a la reclusión; Juana Isabel, en cambio, era complicada, vivaz, extravagante y amante del placer. A ella la consideraban hermosa, y con sus cejas arqueadas, pelo rubio y ensortijado, su encanto y su intenso deseo de agrandar, resultaba atractiva sin dificultad. En sociedad, sentía la necesidad de cautivar, pero a medida que fue creciendo, puso un empeño desmesurado. Con el tiempo, aparecieron otros fallos. Un exceso de cháchara la convertía en un personaje frívolo; cuando no conseguía sus deseos, todo el atractivo y el encanto se agriaban y se volvían irritación, y su genio estallaba sin previo aviso. Detrás de aquel comportamiento, y Juana lo había sabido desde el principio, estaba el hecho de que su matrimonio había sido un error terrible; ahora ya irreparable.

Se confirmó por primera vez cuando Juana vio la casa de Stettin a la que su esposo la condujo. Ella había pasado su juventud en un medio excepcionalmente elegante. Siendo una de las doce hijas de una familia que formaba una rama menor del ducado de Holstein, su padre, el obispo luterano de Lubeca, la mandó con su madrina —la duquesa de Brunswick, una dama sin hijos— para que ella se ocupase de su educación. Allí, en la corte con el lujo más espléndido del norte de Alemania, se había acostumbrado a una vida de hermosos ropajes, amistades sofisticadas, bailes, óperas, conciertos, fuegos de artificio, partidas de caza y también constantes chismorreos y risitas ahogadas.

Su nuevo esposo, Cristiano Augusto, militar de profesión, acostumbrado a vivir con la exigua paga del Ejército, no le podía dar nada

de todo aquello. Lo mejor que pudo conseguir fue una casa sencilla, de piedra gris, en una calle adoquinada azotada constantemente por la lluvia y el viento. La ciudad fortaleza de Stettin, amurallada y colgada sobre el inhóspito mar del Norte, era un lugar dominado por la rígida atmósfera militar, en el que no había espacio para que crecieran la alegría, la elegancia o cualquier otro refinamiento social. Las viudas de la guarnición llevaban unas vidas apagadas; las de las esposas de la ciudad lo estaban aún más. Y allí, una alegre joven, recién llegada del lujo y las distracciones de la corte de Brunswick, debía vivir con unos ingresos mínimos, junto a un marido puritano entregado al Ejército, adicto a una economía inflexible, preparado para dictar órdenes pero no para conversar, y ansioso por contemplar el éxito de su esposa en la empresa para la que se casó con ella: un heredero. A este respecto, Juana hizo cuanto pudo; era una mujer consciente de sus deberes, por más que infeliz. Pero en el fondo, siempre ansiaba verse libre: libre de su aburrido esposo, libre de su relativa pobreza, libre del mundo provinciano y cerrado de Stettin. Siempre estuvo convencida de que ella merecía algo mejor. Y entonces, a los dieciocho meses de la boda, tuvo un bebé.

Juana, con dieciséis años, no estaba preparada para la realidad de ser madre. Había capeado el embarazo envolviéndose en un velo de sueños: que sus hijos se convertirían en extensiones de sí misma y que las vidas de estos acabarían ofreciéndole la amplia avenida que la llevaría hasta sus ambiciones. En estos sueños, daba por sentado que el bebé que llevaba dentro —su primogénito— sería un niño, el heredero de su padre, pero sobre todo un chico apuesto y excepcional, y que ella lo guiaría en su brillante carrera que, al final, acabarían compartiendo.

A las 2:30 de la madrugada del 21 de abril de 1729, en la gélida y gris atmósfera de un amanecer báltico, nació el bebé de Juana. Por desgracia, aquella personita resultó ser una niña. Juana y Cristiano Augusto, algo más conformado, consiguieron encontrar un nombre para la niña, Sofía Augusta Federica, pero desde el principio, Juana no pudo hallar ni manifestar el menor sentimiento maternal. No

acunaba ni acariciaba a su hijita; no pasaba tiempo contemplándola en la cuna o teniéndola en sus brazos; al contrario, entregó a su hija con brusquedad a los sirvientes y amas de cría.

Podría explicarse, quizá, porque el parto casi le cuesta la vida; durante las diecinueve semanas posteriores al nacimiento de Sofía, la madre adolescente tuvo que guardar cama. Otra razón podría ser que Juana era aún muy joven y sus propias ambiciones en este mundo, cargadas de vida, estaban lejos de cumplirse. Pero la cruda realidad, la razón subyacente, era que el bebé era una niña, no un niño. Irónicamente, aunque ella no pudiera saberlo entonces, el nacimiento de su hija fue el mayor éxito de su vida. Si el bebé hubiera sido el ansiado niño, y si este hubiera alcanzado la edad adulta, habría sucedido a su padre como príncipe de Anhalt-Zerbst. Y la historia de Rusia habría sido muy distinta y el pequeño nicho en la historia que Juana Isabel se ganó para sí misma jamás habría existido.

A los dieciocho meses del nacimiento de su primera hija, Juana alumbró al hijo que deseaba de todo corazón. El cariño por su segunda criatura se hizo aún más intenso cuando se dio cuenta de que el bebé, Guillermo Cristiano, sufría un grave problema. El niño, que parecía estar afectado de raquitismo, se convirtió en una obsesión; fue su preferido, lo malcrió y apenas permitió que se alejase de su vista. Prodigó en él todo el cariño que le había negado a su hija. Sofía, plenamente consciente de que su nacimiento había sido motivo de disgusto para su madre, observaba el amor con el que Juana rodeaba al hermano menor. Besos dulces, palabras de cariño, caricias tiernas, todo para el niño; mientras Sofía miraba. Por supuesto, es habitual que las madres de niños afectados por minusvalías o enfermedades crónicas pasen más tiempo con este hijo, y también lo es que al resto de criaturas de la familia les contrarie esta atención desproporcionada. Pero el rechazo de Juana hacia Sofía había empezado antes del nacimiento de Guillermo, y luego continuó agravándose. El resultado de este favoritismo maternal fue una herida permanente. La mayoría de niños que se han visto rechazados en favor de un hermano reaccionan más o menos como hizo Sofía: para evitar más dolor, selló sus emociones; no le daban nada y no esperaba

nada. Al pequeño Guillermo, que aceptó sin más el afecto de su madre como algo normal, no se lo podía culpar; aun así, Sofía lo odiaba. Cuarenta años más tarde, cuando escribió sus *Memorias*, aún afloraba el resentimiento:

Me dijeron que no me habían recibido con grandes alegrías ... Mi padre pensaba que yo era un ángel; mi madre no me prestó mucha atención. Al cabo de un año y medio, ella [Juana] dio a luz a un hijo al que idolatró. A mí, me toleraba, nada más, y me reprendía con una violencia y una cólera que yo no merecía. Yo lo percibía, sin entender muy bien a qué se debía.²

A partir de entonces, no se hace otra mención de Guillermo Cristiano en sus *Memorias* hasta 1742, cuando su hermano murió, con doce años. Entonces, el breve relato es frío y carente de emoción.

Vivió hasta los doce años y murió de fiebre manchada [escarlatina]. Hasta que no hubo fallecido, no averiguaron la causa de la enfermedad que lo obligó a caminar siempre con muletas y que habían intentado remediar sin descanso y sin éxito, consultando a los médicos más famosos de Alemania. Les aconsejaron mandarlo a los balnearios de Baden y Karlsbad, pero cada vez volvía a casa tan cojo como antes y, a medida que iba creciendo, la pierna era cada día más pequeña en proporción. Tras su muerte, diseccionaron el cuerpo minuciosamente y descubrieron que tenía la cadera dislocada y que debía de tenerla así desde muy pequeño ... Cuando murió, mi madre tuvo una pena inconsolable y necesitamos la presencia de toda la familia para ayudarla a sobrellevar el dolor.³

Esta amargura da solo una idea del grandísimo resentimiento que Sofía sentía hacia su madre. El daño que Juana le hizo a su hija de pequeña, al demostrar abiertamente su preferencia, marcó profundamente el carácter de Sofía. El rechazo experimentado durante la infancia ayuda a explicar la búsqueda constante, ya como mujer adulta, de lo que le había faltado. Aun siendo la emperatriz Catalina, en la cima del poder autocrático, no solo deseaba ser admirada por su

extraordinario espíritu y ser obedecida como emperatriz, sino que además quería encontrar el calor básico, animal, que su madre le dio a su hermano, pero no a ella.

Incluso las familias principescas menores en el siglo XVIII respetaban la parafernalia asociada al rango. Los hijos de la nobleza contaban con niñeras, institutrices, tutores, profesores de música, de danza, de hípica y de religión que les inculcarían el protocolo, los modales y las creencias de las cortes europeas. La etiqueta era una cuestión de primer orden; los pequeños pupilos practicaban las reverencias y los saludos formales centenares de veces hasta automatizarlos a la perfección. Las clases de lengua eran de una importancia primordial. Los jóvenes príncipes y princesas tenían que poder hablar y escribir el francés, la lengua de la intelectualidad europea; en las familias alemanas de la aristocracia, el alemán parecía vulgar.

La influencia de su institutriz, Isabel (Babet) Cardel, fue crucial en esta época de la vida de Sofía. A Babet, una hugonota francesa a quien la Alemania protestante le pareció más segura y agradable que la Francia católica, le encomendaron supervisar la educación de Sofía. Babet supo ver enseguida que la frecuente agresividad de su discípula venía dada por su soledad y por el anhelo de encontrar calidez y ánimo. Babet le dio ambas cosas. También le insufló lo que se convertiría en un amor permanente por la lengua francesa, con todas las posibilidades que implicaba a la hora de escribir y conversar con lógica, sutileza, ingenio y vivacidad. Empezó en sus clases con *Les Fables de La Fontaine*; luego pasaron a Corneille, Racine y Molière. Una parte excesiva de su educación —consideraría Sofía más adelante— fue confiada a la pura memoria: «Enseguida se dieron cuenta de que tenía buena memoria; por lo tanto, me atormentaban incesantemente para que lo aprendiera todo al dedillo. Aún tengo una Biblia alemana en la que están subrayados en rojo todos los versículos que tuve que memorizar».⁴ El planteamiento docente de Babet era moderado, al lado del del pastor Wagner, un pedante capellán castrense escogido por el padre de Sofía

—ferviente luterano— para que enseñase a su hija religión, geografía e historia.

La rígida metodología de Wagner —memorizar y repetir— consiguió pocos avances con una pupila a la que Babet ya había descrito como un *esprit gauche* y que formulaba preguntas embarazosas: ¿Por qué grandes hombres de la Antigüedad, como Marco Aurelio, estaban condenados eternamente al no haber conocido la salvación de Cristo y, por tanto, no haber podido redimirse? Wagner le contestaba que tal era la voluntad divina. ¿Cómo era el universo antes de la Creación? Wagner le respondía que estaba sumido en el caos. Sofía le pedía una descripción de aquel caos; Wagner no la tenía. La palabra «circuncisión»⁵ en boca de Wagner hizo saltar la pregunta de forma natural: ¿Qué significa? Wagner, aterrorizado al verse en semejante apuro, se negó a contestar. Cuando le explicaba con todo detalle los horrores del Juicio Final y las dificultades para salvarse, Wagner asustaba tanto a la estudiante que «cada noche al caer la luz me quedaba junto a la ventana y lloraba».⁶ Sin embargo, al día siguiente, ella tomaba represalias: ¿Cómo puede ser que la bondad infinita de Dios pueda conciliarse con los terrores del Juicio Final? Wagner, gritándole que no había respuestas racionales para aquellas preguntas, y que lo que le decían tenía que aceptarlo con fe, amenazaba a su pupila con la vara. Babet intervino. Más adelante Sofía escribiría: «En lo más íntimo de mí, estoy convencida de que Herr Wagner era necio».⁷ Añadía: «Toda mi vida he tenido esta tendencia a ceder solo ante la delicadeza y la razón; y a resistirme a cualquier presión».⁸

Sin embargo, ni la delicadeza ni la presión pudieron ayudar a su profesor de música, Herr Roellig, en su tarea. «Siempre traía consigo a una criatura que rugía con voz de bajo»,⁹ escribió tiempo después a su amigo Federico Melchor Grimm. «Lo ponía a cantar en mi habitación. Yo lo escuchaba y me decía: “Muge como un toro”, pero Herr Roellig se sentía enormemente complacido cada vez que aquella garganta de bajo entraba en acción». Ella no superó jamás su incapacidad para apreciar la armonía. «Deseo escuchar música y disfrutar de ella», escribió Sofía-Catalina en sus *Memorias*, «pero me esfuerzo en vano. En mis oídos todo es ruido, nada más.»¹⁰

El modo en que Babet Cardel enseñaba a los niños dejó su huella en la emperatriz Catalina y, unos años más tarde, expresó su enorme gratitud: «Poseía un alma noble, una mente cultivada, un corazón de oro; era paciente, delicada, alegre, justa y constante; en resumen, el tipo de institutriz que uno querría para todos los niños». ¹¹ En una carta a Voltaire, se presentó a sí misma como «discípula de *mademoiselle* Cardel». ¹² Y en 1776, cuando contaba cuarenta y siete años, escribió a Grimm:

Uno no puede saber siempre lo que piensa un niño. Son difíciles de entender, sobre todo cuando un adiestramiento meticuloso los ha acostumbrado a obedecer y la experiencia ha despertado en ellos la cautela en la conversación con sus maestros. ¿No extraéis de aquí la estupenda máxima de que no se debería reprender a los niños en exceso, sino hacer de ellos seres confiados, para que no nos oculten sus estupideces? ¹³

Cuanta mayor independencia mostraba Sofía, más preocupaba a su madre. Era una niña arrogante y rebelde, decidió Juana; tenía que erradicar esas cualidades antes de poder ofrecerla en matrimonio. Puesto que el casamiento era el único futuro para una princesa menor, Juana estaba decidida a «expulsar de su interior al diablo del orgullo». Le repetía constantemente que era fea e impertinente. Sofía tenía prohibido hablar a menos que le hablaran a ella y tampoco podía manifestar sus opiniones a los adultos; la obligaban a arrodillarse y a besar el dobladillo de las faldas de todas las mujeres de rango que los visitaban. Sofía obedecía. Privada de afecto y aprobación, mantuvo una actitud respetuosa hacia su madre, permanecía en silencio y se sometía a las órdenes de Juana, guardándose para sí sus propias opiniones. Más adelante, se supo que la ocultación del orgullo bajo aspecto de humildad era una táctica deliberada y útil que Sofía —llamada entonces Catalina— usaba para enfrentarse a las crisis y al peligro. Cuando se veía amenazada, se envolvía en un manto de docilidad, deferencia y sumisión temporal. También aquí Babet Cardel servía de ejemplo: una mujer de noble cuna que aceptó

una posición inferior como institutriz y aun así logró conservar una dignidad, una categoría y un orgullo que, a ojos de Sofía, la colocaban por encima de su propia madre.

Aparentemente, durante estos años Sofía fue una niña alegre. En parte se debía a la vivaz curiosidad de su mente y en parte a la pura energía física. Necesitaba hacer mucho ejercicio. Los paseos por el parque con Babet Cardel no le bastaban, y sus padres le permitieron ir a jugar con los niños de la ciudad. Sofía no mostró la menor dificultad para hacerse con el mando en aquellas pequeñas bandas de chicos y chicas, no solo por ser princesa sino porque era una líder nata e imaginaba juegos en los que todos querían participar.

Al final, Cristiano Augusto fue ascendido de comandante del acuartelamiento a gobernador de la ciudad de Stettin, un avance que le daba derecho a trasladar a su familia a una de las alas del castillo de granito, en la plaza principal del pueblo. Para Juana, el traslado al castillo no sirvió de nada. Seguía infeliz, aún incapaz de reconciliarse con la situación que le había tocado en la vida. No había hecho un buen matrimonio y, en lugar de la fenomenal vida con la que había soñado, ahora no era más que una señora de provincias en una ciudad acuartelada. A los dos primeros hijos les siguieron otros dos —otro niño y otra niña—, pero no aportaron ninguna felicidad adicional.

En su vivo deseo por huir, los pensamientos la llevaron hasta los contactos que aún tenía en las altas esferas. Por nacimiento, Juana pertenecía a una de las grandes familias de Alemania, la casa ducal de Holstein-Gottorp, y seguía convencida de que con su rango familiar, su inteligencia, su encanto y su vivacidad aún estaba a tiempo de encontrar un lugar mejor en el mundo. Empezó a dedicar su tiempo a cultivar la relación con sus parientes con frecuente correspondencia y visitas regulares. Iba a menudo a Brunswick, la fastuosa corte de su niñez, donde en las paredes colgaban Rembrandts y Van Dycks. Allí, todos los febreros para Carnaval, visitaba Berlín y presentaba sus respetos al rey de Prusia. Sentía pasión por las intrigas y, viendo

las cosas desde Stettin, llegaban a cautivarla incluso las murmuraciones más chismosas de las cortes más insignificantes de Alemania, en las que creía que destacaría. Pero de algún modo, allí donde iba, Juana era siempre consciente de no ser más que la pariente pobre, la niña de buena familia que había contraído un matrimonio poco prometedor.

Cuando Sofía cumplió los ocho años, Juana empezó a llevársela en sus viajes. Preparar una boda era uno de los deberes que tenía la intención de cumplir, y no podía perjudicar en nada, ni siquiera en un estadio tan inicial, dejar que la sociedad supiera que una princesita crecía en Stettin y estaba disponible. Y, de hecho, el matrimonio era el tema de conversación principal cuando madre e hija realizaban sus salidas. Cuando Sofía cumplió los diez años, las charlas acerca de su posible marido eran habituales entre sus tíos y tías. Sofía nunca presentó objeciones a viajar con su madre; en realidad, disfrutaba con ello. Cuando creció un poco más, no solo fue plenamente consciente del objetivo de sus visitas sino que además lo aprobaba de todo corazón. El matrimonio, además de ofrecerle la mejor salida para huir de su madre y su familia, también la libraba de una alternativa espantosa que Sofía ya había tenido ocasión de conocer. Era la forma de vivir de sus tías solteras, las hijas sobrantes de la nobleza menor del norte de Alemania; las habían sacado de la escena, relegándolas a las alas más apartadas de los castillos familiares o colocándolas en remotos conventos protestantes, estabuladas de forma permanente. Sofía recordaba haber visitado a una de aquellas desafortunadas mujeres, una hermana mayor de su madre, que tenía dieciséis perros carlinos, todos durmiendo, comiendo y haciendo sus necesidades en la misma habitación que su dueña. «Además, en el mismo habitáculo vivían muchos loros», escribió Sofía. «Es fácil imaginar la fragancia que imperaba allí dentro.»¹⁴

Pese al deseo de la propia Sofía de contraer matrimonio, solo se le presentaban oportunidades marginales para conseguir una buena unión. Cada año traía consigo una nueva cosecha de princesas europeas adolescentes entre las que escoger; y la mayoría prometía mucho más a la realeza reinante y a las familias nobles que la unión con

la insignificante casa del diminuto Zerbst. Por otra parte, Sofía tampoco era una niña con un atractivo físico notable. A los diez años, tenía un rostro plano con una barbilla delgada y puntiaguda, sobre la que Babet Cardel le había advertido para que la mantuviera cuidadosamente metida. Sofía comprendió el problema de su aspecto. Más adelante escribió:

No sé si de niña era realmente fea, pero recuerdo bien que me lo decían con frecuencia y que, por tanto, tenía que esforzarme por mostrar virtudes interiores e inteligencia. Hasta los catorce o los quince años, estuve plenamente convencida de mi fealdad y por eso me ocupaba más en cultivar capacidades interiores y no tenía tan en cuenta mi apariencia externa. He visto un retrato mío de cuando yo tenía diez años y era verdaderamente feo. Si es verdad que se me parecía, no me dijeron ninguna mentira.¹⁵

Y así fue como, pese a las mediocres perspectivas y una apariencia poco agraciada, Sofía recorrió el norte de Alemania con su madre. Durante aquellos viajes, añadió nuevas materias a su educación. Escuchando todos los cotilleos de los adultos, aprendió la genealogía de casi todas las familias reales de Europa. Hubo una visita especialmente interesante. En 1739, el hermano de Juana, Adolfo Federico, el príncipe-obispo de Lubeca, fue nombrado tutor del joven duque de Holstein, que acababa de quedar huérfano a los once años: Carlos Pedro Ulrico. Era un chico que contaba con excelentes contactos, en apariencia destinado a un gran futuro. No solo era el único nieto vivo de Pedro el Grande de Rusia, sino que también ocupaba el primer puesto para convertirse en heredero al trono de Suecia. Contaba con un año más que Sofía y eran primos segundos por parte de madre. En cuanto el hermano de Juana asumió la tutela del niño, esta no perdió un segundo; cogió a Sofía y fueron a presentarle sus respetos al príncipe-obispo. En sus *Memorias*, Sofía-Catalina describió a Pedro Ulrico como «agradable y distinguido, aunque con un gusto por la bebida ya evidente».¹⁶ No era una descripción en absoluto completa del huérfano de once años. En realidad, Pedro Ulrico era pe-

queño, delicado y enfermizo, con unos ojos saltones, sin mandíbula y un pelo delgado y rubio que le caía hasta los hombros. Estaba poco desarrollado, tanto emocional como físicamente. Era tímido y solitario, vivía rodeado de tutores e instructores militares, no tenía contacto con nadie de su edad, no leía nada, y en las comidas era un glotón. Pero Juana, como cualquier otra madre con hija casadera, vigilaba todos sus movimientos y se le aceleró el pulso al ver a su hija de diez años hablando con él. Luego, Sofía vio susurrar a su madre y a sus tías. Incluso con su edad, ya sabía que hablaban de la posibilidad de una unión entre ella y aquel niño tan raro. No le importó; había empezado a dejar volar la imaginación.

Sabía que un día se convertiría en el rey de Suecia, y aunque yo era todavía una niña, el título de reina me sonaba muy bien. A partir de entonces, la gente en mi círculo me tomaba el pelo con él y poco a poco me fui acostumbrando a pensar que estaba destinada a ser su esposa.¹⁷

Mientras tanto, la apariencia de Sofía había mejorado. A los trece años, era delgada, con el pelo castaño oscuro y sedoso, la frente ancha y los ojos azules, oscuros y brillantes, además de una boca de piñón. La afilada barbilla era menos llamativa. Sus otras cualidades habían empezado a destacar; era inteligente y de ingenio vivo. No todo el mundo la consideraba insignificante. Un diplomático sueco, el conde Henning Gyllenborg, que conoció a Sofía en casa de la abuela de la joven en Hamburgo, quedó impresionado por su inteligencia y le dijo a Juana en presencia de Sofía: «*Madame*, usted no conoce a su hija. Le aseguro que tiene más cabeza y más carácter del que usted imagina. Le ruego que le preste más atención porque se la merece, en todos los sentidos».¹⁸ Juana no se dejó impresionar, pero Sofía no olvidaría aquellas palabras jamás.

Estaba descubriendo la forma de gustar a la gente y, una vez aprendió la técnica, supo ponerla en práctica con gran habilidad. No se trataba de seducir. Sofía —y, luego, Catalina— nunca fue coqueta; no pretendía despertar un interés sexual sino una comprensión afectuosa y empática, como la que había mostrado el con-

de Gyllenborg. Para generar estas reacciones en otras personas, se valía de métodos tan convencionales y modestos que parecen casi sublimes. Se dio cuenta de que la gente prefería hablar a escuchar, y en especial hablar sobre ellos mismos mejor que sobre cualquier otra cosa. A este respecto, su madre, en sus penosos esfuerzos por parecer importante, le había brindado un certero ejemplo de cómo no comportarse.

En su interior afloraban también otros sentimientos. Sofía estaba despertando a la sensualidad. A los trece o catorce años, solía irse a la habitación por la noche, aún inquieta, nerviosa y enérgica. Para intentar hallar algún alivio, se sentaba en la cama, disponía una almohada dura entre sus piernas y, montada a horcajadas sobre un caballo imaginario, «galopaba hasta caer casi rendida».¹⁹ Cuando entraban las sirvientas en su habitación para investigar el origen del ruido, la encontraban tendida tranquilamente, fingiendo dormir. «Nunca me pillaron in fraganti», dijo ella.²⁰ Una razón explicaba bien su férreo control en público. Sofía tenía un deseo único y primordial: escapar de su madre. Comprendió que la única vía sería el matrimonio. Para conseguirlo, debía casarse; y no con un marido cualquiera, sino con uno cuyo rango la colocase tan por encima de su madre como fuera posible.

Sin embargo, sucumbió a un episodio de encaprichamiento adolescente. A los catorce años, flirteó un poco con su joven y apuesto tío, el hermano menor de su madre, Jorge Luis. Tenía diez años más que Sofía y se sintió atraído por la fresca inocencia de su floreciente sobrina; el engominado teniente de *cuirassiers* empezó a hacerle la corte. Sofía describe los avances de aquel pequeño romance, que acabó con una repentina propuesta de matrimonio del tío Jorge. Se quedó anonadada: «Yo no sabía nada del amor y nunca lo asocié con él».²¹ El halago la hizo dudar; aquel hombre era el hermano de su madre. «Mis padres no querrán»,²² le contestó. Jorge Luis le indicó que su parentesco no era un obstáculo; uniones de aquel tipo se habían dado con frecuencia en otras familias aristocráticas de Europa. Sofía estaba confusa y permitió que el tío Jorge siguiera adelante con la petición de mano. «En aquella época era muy guapo, tenía unos

ojos bonitos y conocía mi temperamento. Yo estaba acostumbrada a él. Empecé a sentirme atraída y no lo esquivaba.»²³ Al final, aceptó provisionalmente la proposición de su tío, siempre y cuando «mi madre y mi padre den su consentimiento. En aquel momento, mi tío se abandonó por completo a su pasión, que era extrema. Aprovechaba cada oportunidad para abrazarme y era muy hábil provocando esos momentos, pero aparte de unos pocos besos, todo fue muy inocente».

¿Estaba preparada Sofía para dejar a un lado la ambición de ser reina y, en su lugar, quedarse como cuñada de su propia madre? Durante un momento, vaciló. Quizá debería haber cedido y permitir que Jorge Luis se saliera con la suya y acabar casada con él. Pero antes de llegar a nada definitivo, recibieron una carta de San Petersburgo.